



Home | Economía | Nota

La distribución de la riqueza en el socio principal del Mercosur

En Brasil, y a pesar del crecimiento durante los años noventa, hay cincuenta millones de indigentes

Sólo Suazilandia, Nicaragua y Sudáfrica le ganan al país vecino en el ranking de naciones más inequitativas del planeta



Cerca de Ipanema, la villa Cantalago muestra la cara de la pobreza brasileña

Foto: Archivo/AP

- Se necesitan US\$ 690 millones por mes para terminar con el hambre
- El 10% más rico de la población aumentó sus ingresos en un 38% en la última década



La mortalidad infantil, una cuenta pendiente

Foto: Archivo/AP

SAN PABLO.- Cincuenta millones de brasileños son indigentes y viven con 1 dólar al día; considerando apenas a los brasileños menores de 16 años, el 46% es técnicamente miserable; la desigualdad en Brasil se mantiene igual desde hace tres décadas; y en Estados como el nortño Maranhao, el 63% de las personas tiene ingresos inferiores a 33 dólares al mes.

Ese podría ser el resumen de la otra cara del país del presidente profesor de La Sorbonne y políglota, de su diplomacia brillante, de la potencia industrial en que se fabrican dos millones de autos por año o de la novena potencia económica mundial. Sólo las dos caras completan la realidad brasileña y, como en una moneda, ambas se dan la espalda.

Las cifras asustan, pero antes que nada explican por qué la desigualdad de riquezas sólo es peor que la de Brasil en Suazilandia, Nicaragua o Sudáfrica.

Se puede hablar de desigualdad con cifras: el índice Gini, usado internacionalmente para medir distribución de riquezas, se mantuvo sin cambios durante los dos gobiernos de Fernando Henrique Cardoso (0,59, donde 0 es distribución perfecta y 1 es concentración absoluta). Y también se puede relatar la desigualdad: Brasil, donde decenas de millones no tienen literalmente qué comer, es también el país con la mayor flota privada de aviones del mundo o donde Mont Blanc tiene su tercer mercado mundial.

La raíz de esa desigualdad, explicó a LA NACION el jefe del Centro de

Políticas Sociales de la Fundación Getulio Vargas, Marcelo Neri, "se encuentra en el régimen esclavócrata que se vivió en el país hasta 1888. La esclavitud dejó como símbolo una sociedad de privilegios".

Para Neri, los brasileños tienen "una cierta capacidad retórica de imaginar un país feliz, despreocupado y con democracia racial, lo que lleva a una inacción para cambiar las cosas". La combinación de la mentalidad esclavócrata con ese cierto ideario de la "cordialidad brasileña" formó, dice Neri, "una elite muy inteligente que logró guardar siempre para sí misma los beneficios del proceso de crecimiento".

El cuadro de la pobreza brasileña es tan grave que, según estudios producidos por Neri y avalados por la FGV, se necesitaría gastar en asistencialismo US\$ 690 millones mensualmente apenas para erradicar el hambre. Eso no incluye inversiones en salud, educación o creación de fuentes de trabajo, por ejemplo.

Hoy aproximadamente el 50% más pobre tiene 10% de la renta, y el 10% más rico tienen 50% de la renta.

El racismo, que en Brasil se manifiesta de manera sutil, no fue tan sutil en los números. Durante la década, mientras los trabajadores blancos tuvieron un salario mínimo (85 dólares) de aumento por cada año de estudio, los negros o mulatos obtuvieron medio salario mínimo de aumento por cada año de estudio.

Crecimiento homogéneo

Durante la década del 90 el crecimiento de la riqueza fue tan homogéneo entre ricos y pobres que sorprende. El 10 % más rico de la población aumentó sus ingresos 38%, pasando a ganar de 13,3 salarios mínimos (65 dólares) para 18,4. El 40% más pobre aumentó también 38% sus ingresos -ganaban 0,7 salario mínimo y pasaron a ganar 0,98-.

¿Qué ocurrió con la pobreza durante los siete años de gobierno de Cardoso?, le preguntó LA NACION a Neri. La pobreza absoluta alcanzaba a 33% de la población antes del lanzamiento del Plan Real, en 1995. Cayó para 25% en 1996, año de la "luna de miel" del Plan Real con el país. En 1999, cuando se inician las crisis económicas globales (Asia, Rusia y luego el propio Brasil) la pobreza subió a 29%. A fines de 2000 había caído para 27,8 %. Y la estimativa es que hoy se encuentre en 29%, como consecuencia de la crisis de energía, la desaceleración y los efectos de la crisis argentina en la economía local.

Entre 1996 y 1999 el desempleo fue subiendo en promedio 12,5 % al año. "Fue una crisis de desempleo metropolitano", explica Neri. "El número de desempleados era de 4,3 millones de personas en 1996 y saltó para 6,8 millones en el 99",

La clase media fue una de las principales víctimas, porque fue la que más sufrió pérdida de ingresos, mientras en la cima de la pirámide continuaban aumentando las riquezas y en la parte inferior no había pérdidas, debido a una transferencia de ingresos a través de las jubilaciones, pensiones y otros ingresos no salariales.

Neri hace una aclaración cuando se le pregunta por la clase media. "Es posible que Brasil en cierta forma no tenga clase media. Porque lo que en la Argentina se considera clase media (vivir en una propiedad con servicios, tener acceso a ciertos ítem de esparcimiento, viajar, mantener un cierto nivel de gastos) en Brasil sería considerado por los indicadores como clase alta.

El investigador de la FGV afirma que los pobres se beneficiaron durante el Plan Real, "pero al contrario del discurso oficial, no se beneficiaron más que la clase alta. Hubo una ganancia para todos, y por eso se mantuvo la desigualdad".

La pequeña mejoría que hubo en el nivel de ingresos no fue lo suficientemente importante para afectar el índice Gini. "La desigualdad se mantiene estable desde hace 30 años", afirmó Neri.

El Estado de Alagoas es un símbolo de la pobreza brasileña. De allí salió Fernando Collor de Mello, primer presidente de la última era democrática, eyectado dos años después acusado de haber amparado a sabiendas todo tipo de delitos de corrupción.

Alagoas tiene índices sociales que opacan el caos africano. Su mortalidad infantil llega a 66 por 1000, y una de cada cuatro muertes tiene relación con el agua contaminada o la ausencia de cloacas. El analfabetismo supera el 32 por ciento.

Por **Luis Esnal**
Corresponsal en Brasil

Playa, miseria y paradojas

SAN PABLO (De nuestro corresponsal).- El 70 % de los indigentes brasileños se encuentra en apenas una región: el Nordeste -sí, en los Estados que suelen poblar los suplementos de turismo con playas como Maceió, Natal o Recife.

Entre esos indigentes, el 58% está en familias de trabajadores informales, y sólo 7,8 % pertenece a familias de desempleados. La pobreza extrema no se concentra en gente que perdió un empleo, sino en gente que probablemente nunca lo tuvo.

Según Neri, el gobierno de Cardoso llegó a hacer una parte del trabajo. Se redujo la mortalidad infantil, mejoraron los índices de escolaridad (97% de los chicos va a la escuela) y aumentó la expectativa de vida. "Pero van a pasar muchos años para que eso repercuta en la distribución de ingresos", afirma.

En el estudio de la pobreza brasileña se generan paradojas curiosas. Si bien mejoraron indicadores como salud y educación, aumentaron por ejemplo todos los índices de violencia -homicidios, accidentes de tránsito y suicidios.

Según afirmó a Folha Online el sociólogo Túlio Kahn, "el aumento de la mortalidad es, sin dudas, el dato más negativo" de los últimos informes del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE, equivalente al INDEC argentino). "Aparentemente los datos parecen contradictorios,

pero pueden ser justificados.” La explicación estaría en el crecimiento rápido y desorganizado de los suburbios de los centros urbanos; la mayor disponibilidad de armas de fuego y el aumento de las actividades del narcotráfico con todos sus delitos conexos.

http://www.lanacion.com.ar/01/11/25/de_354027.asp
LA NACION | 25/11/2001 | Página 9 | Economía

CRONOLOGIA DE LA NOTICIA

- » En Brasil, y a pesar del crecimiento durante los años noventa, hay cincuenta millones de indigentes
- » La cara oculta del “milagro” brasileño

LA NACION

[Suscribirse](#) | [Acerca de LA NACION](#)

Copyright 2001 SA LA NACION | Todos los derechos reservados